

Clara Voghan

*A través de  
mis ojos*

*edición digital*



VI

© Clara Voghan, 2007

Todos los derechos reservados.

Exp. 590848

Edición digital de CCM  
de distribución gratuita,  
se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

[claravoghan@mailbolt.com](mailto:claravoghan@mailbolt.com)

Pedidos

y representación editorial:

CCM

[claravoghan@lycos.com](mailto:claravoghan@lycos.com)

***IMPORTANTE:***

***Insertos en el texto de esta edición gratuita se reproducen algunos versos de canciones famosas, las cuales han sido transcritos al mero efecto de apoyar la acción dramática.***

***Los derechos de los mismos quedan reservados a sus respectivos autores.***

## CAPÍTULO VII

—¡La culpa de todo la tiene esa Victoria Ferrari!... ¡Ella le tendió la trampa! Ella, y esa flacucha insignificante de la hermana. ¡Ja! ¡Diseñadora! ¡¿Eso es un vestido?! ¡Eso es un trapo con precio! ¡El traje de la abuela es mil veces mejor!... Y ese Fernando Aguirre... Un negrito sin ningún encanto. Y casi un enano. ¡Ni siquiera debe llegar al metro ochenta y cinco!... ¡Un tipo insignificante!

Ornella calló, pero sólo para tomar aire, y poder volver a la carga de inmediato.

—¡Yo ni miraría a un tipo así! ¡Ni aunque me lo suplicara de rodillas!... ¡Mucho menos llorar por él, de la forma en que lo hizo Ángel! ¡No sé que le pasa a esa niña! ¡Está como loca! Ah, pero a mi nadie me saca de la cabeza que todo esto no ha sido más que una trampa de Victoria Ferrari.

—Te pedí que no la dejaras sola —le reprochó su hermano, intentando ocultar sus propias lágrimas.

—¡Fueron cinco minutos, mientras me depilaba! No imagino como hizo esa diabla para enterarse que estábamos

ahí. ¡Para mi que le había pagado a alguien para que nos siguiera!

Ornella observó a su hermano. ¡Pobre Raulcho! Se veía desesperado. No era justo que le ocurriera esto a alguien tan bueno como él. ¡Y dos veces! ¿Qué había de malo en las mujeres, que no podían enamorarse de un soltero tan buen mozo, dulce y agradable como su hermano? Partía el alma verlo así, llorando en un rincón. ¡Ángel no tenía ningún derecho a despreciarlo de esa forma!... Pero no. No era ella la culpable. ¡Era esa Victoria Ferrari!

—¿Vas a dejarla sola por más tiempo? —preguntó Ornella, impaciente.

—Ángel necesita pensar.

—¿Y vas a dejar que ese tipo se aproveche de ella?

—¡Nunca! —se enfureció Raúl—. No voy a cometer dos veces el mismo error. Ángel es demasiado inexperta e inocente como para saber lo que quiere.... Y se aferra a él, sin darse cuenta de que el amor pasa por otro lado.

—Si la dejas sola, tarde o temprano ese tipo va a regresar. ¿Por qué no vuelves al departamento, y la traes aquí con cualquier excusa?

—¿No la escuchaste? Quiere estar sola... Y yo no quiero que se sienta presionada, y termine odiándome...

—Nadie puede odiarte, Raulcho.

—Sí... Tienes razón: nadie puede odiarme... Lo terrible es que tampoco pueden amarme.

\* \* \*

Fernando cerró la puerta tras él.

Por un momento se quedaron quietos en la sala de aquel departamento mínimo. Congelados, para ocultar que ardían por dentro. En silencio, tratando de encontrar en el fondo de sus miradas aquello que no podían decir.

Y entonces, como si ya a nadie le importaran las palabras, Fernando se acercó hasta ella, y comenzó a besarla con dulzura.

Y bastó aquel tibio contacto, para que los dos perdieran la razón.

La lengua de él comenzó a buscarla con fuerza, a recorrerla, a penetrarla, mientras ella se abandonaba a esa sensación nueva que la hacía estremecer. Todo su cuerpo estaba tenso, atento a aquella piel morena, tan distinta a la suya. A su calor, a su fuerza. A su ritmo.

Y también ella comenzó a besarlo, a recorrerlo, a buscarlo. Nunca había acariciado así a un hombre. Nunca había intentado provocar ese dulce arrebató, ese frenesí, que ahora la intoxicaba. Ese extraño poder sobre el deseo de él, sobre sus caricias, y a la vez, ese delicioso abandono.

Durante un largo rato se buscaron y se encontraron mil veces, acariciándose con dulzura, o poseyéndose con vehemencia, sin necesidad de tocarse.

Pero por un instante mágico el rozó su pecho, y Ángel enloqueció todavía un poco más.

Fernando se dio cuenta de inmediato.

Y entonces clavó en ella su mirada profunda, y comenzó a desabrochar uno a uno los delicados botones de la camisa de la muchacha. Y con cada movimiento de la tela al soltarse, el sexo de Ángel latía un poco más, expectante.

Fueron tres botones. Apenas tres.

Y entonces él volvió a mirarla, y ella se abandonó en aquella caricia tan deseada.

Lentamente Fernando deslizó el bretel de su sostén. La seda dio paso a un pezón nuevo, que nunca había sentido la caricia de un hombre. Y quedó tan conmovido al verlo, que lo besó con dulzura. Pero todo el cuerpo de la muchacha respondió a ese beso inocente con frenesí. Cada milímetro de su piel ardía en un deseo vehemente.

Muy apretados el uno contra el otro, comenzaron a buscarse de manera distinta. Ella sentía la necesidad y la fuerza de él, atrapada entre sus piernas. Y ya no quería sentir otra cosa.

Las manos de Fernando la recorrían con pasión, apretando sus caderas contra su cuerpo, acariciando su culo firme con lujuria.

Por un buen rato estuvieron así, poseyéndose aún antes de que él hiciera ni siquiera un intento de completarla con su sexo, que ya clamaba desesperado.

Y entonces, algo en sus pantalones comenzó a vibrar. Mucho. Una y otra vez.

—¿Qué es eso? —preguntó la muchacha, despertando en parte de su locura.

Para Fernando fue menos fácil. La miró confundido, mientras su celular vibraba, y prendía y apagaba una luz, todavía atado a su cinturón.

—Es mi teléfono —dijo él, explicando lo obvio—. Tengo que responder...

Miró el mensaje que tenía escrito, y se desesperó.

—Tengo que irme... ¡No lo puedo creer!... ¡Tengo que irme ahora! —repitió, como para tratar de convencerse—. El juez acaba de autorizar el trasplante, y la vida de esa muchacha depende de que lleguemos allí cuanto antes...

Miró a Ángel, con la blusa desacomoda, su pecho casi desnudo, observándolo con una mezcla de inocencia y sensualidad... Era obvio que el deseo todavía la encendía. Y se veía hermosa. ¡Increíblemente hermosa! Como nunca antes Fernando había visto a una mujer.

—Tengo que irme... Pero espérame aquí... No te muevas, por favor... —le imploró desesperado.

El celular volvió a iluminarse.

—De verdad, me tengo que ir.

Como pudo, el pobre muchacho intentó recomponerse, tratando de ocultar su excitación. Luego la besó tiernamente en los labios, y salió corriendo del departamento.

Ángel, en cambio, no podía encontrar la calma. Su cuerpo ardía, su sexo reclamaba.

La virilidad de él le había enseñado una necesidad nueva, que ahora no sabía como parar.

Se acomodó el sostén, y recordó aquel beso. Y luego sus caricias. Y ese calor de las caderas de él, apretándola... Y ya no pudo parar hasta que oleadas de placer se apropiaron de su voluntad, obligándola a contorsionar ligeramente su cuerpo; a gemir, mientras su sexo estallaba en mil pedazos.

Todavía agitada, intentó recuperar la calma.

Nunca antes había experimentado un placer semejante. Y sin embargo, no le alcanzaba. Necesitaba más. Quería la boca de él acariciando sus pechos, hasta hacerla enloquecer.

Quería ese calor entre sus piernas. Esa urgencia apropiándose de sus caderas. Ese deseo apretando su culo....

Sí... Con su propio cuerpo no le alcanzaba. Lo quería a él.

Quería a Fernando.

Su Fernando.

\* \* \*

—Creo que hiciste mal.

Victoria observó a su marido con enojo. No le gustaba cuando la criticaba.

—¿Por qué?

—Fernando ya está grandecito como para saber lo que quiere, sin necesidad de que tú se lo pongas por delante.

—Es curioso que eso lo diga un hombre que necesitó de media botella de whisky y la mujer que amaba, desnuda en su cuarto, para decidirse.

—Eso es distinto.

—¿Por qué?

—Yo nunca dudé de lo que sentía por ti.

—Y él tampoco de lo que siente por ella. Pero como todos los hombres —y dijo esto mirando a su marido—, se decidió un poco tarde.

Él le devolvió esa mirada, entre acusadora y juguetona, y se acercó hasta ella, apenas rozándola.

—Además —insistió Victoria, el grave problema que tiene el pobre Fernando es que Ángel es igual a ti.

—¿A qué te refieres?

—Los dos creen que pueden arreglárselas solitos para salvar el mundo. Y, ¿sabes?, todos necesitamos una pequeña ayuda de nuestros amigos...

Su esposo la rodeó entre sus brazos, y la atrajo hacia sí.

—De verdad, Samuel. Es como si ustedes sólo hubieran estudiado la mitad del catecismo.

—Sé más de religión que tú.

—¿Cuál es el primer mandamiento?

—“Amar a Dios por sobre todas las cosas”

—y...

—Amar al prójimo.

—¡Mal! “Al prójimo como a ti mismo”. Allí es donde fallan ella y tú. Siempre se creen demasiado fuertes. Desde la enfermedad de sus padres, Ángel se acostumbró a olvidarse de sí misma y de sus necesidades. Por un tiempo se puede ser una víctima. Pero sólo por un tiempo... No hay empresa que sobreviva sin ganancias, no hay atleta que corra sin comida, y no hay renunciamento que se sostenga sin amor. Puedes olvidarte de vivir, y atender a tu madre en

su peor momento. Pero no puedes renunciar al verdadero amor por lealtad a una amiga. Pretender hacerlo es una muestra de soberbia. Y es en la soberbia en lo que ella y tú se parecen.

—Ah, en la soberbia... —dijo Samuel, sin intentar defenderse.

—Sí.

—Claro. No va a ser en esas increíbles piernas largas que tiene Ángel. Pocas veces he visto...

Su esposa le clavó las uñas en el brazo, y él sonrió satisfecho.

Sí, Victoria conocía demasiado sus defectos. Pero, por fortuna para él, incluso a pesar de ellos seguía amándolo.

Y con esa pequeña ayuda, a Samuel le alcanzaba y le sobraba para ser feliz.

\* \* \*

Ángel observó la oscuridad a su alrededor, aterrada. El corazón le latía tan fuerte que parecía querer salirse de su pecho. Sus piernas ya no la sostenían.

Volvió a tocar el timbre.

Tuvo la sensación de que algo se movía atrás suyo, y giró con violencia.

No... No había nada, excepto su miedo... Y ahora también su vergüenza.

—¡Ángel! ¿Qué haces aquí?... ¿Viniste sola? ¿Y tus ataques de pánico?

La recién llegada miró a Ornella sorprendida: ¿cómo sabía ella de sus ataques?

—¿Puedes decirle a Raúl que venga? Necesito hablarle.

—¡Seguro! Ven..., pasa.

—¡No! —se sobresaltó su cuñada—. No quiero pasar. Pídele que salga él, por favor.

—Pero...

Ornella obedeció de mala gana al ver la cara de su cuñadita.

Ángel volvió a quedarse sola, sufriendo con cada sombra que parecía cernirse sobre ella en forma amenazadora. Y, al aparecer Raúl, la joven pegó un salto de sorpresa, (como si no hubiera estado allí, parada en la oscuridad, sólo para esperarlo)

—Soy yo, mi dulce... ¡No te asustes! —replicó aquel gigantón, mientras intentaba tomarla entre sus brazos.

Pero ella lo alejó de inmediato.

—¿Qué ocurre?

—Tenemos que hablar, Raúl. Han pasado muchas cosas.

—Si es otra vez por ese Fernando...

—Él no tiene nada que ver. Esto es entre tú y yo. Lo que nos pasa, o, mejor dicho, lo que no nos pasa.

—¡Es por él!

—¡No!.. Ya estaba saliendo de casa para hablarte, antes de que él llegara.

—¿¿Cómo que “llegara”?!... ¿¿Estuvo en tu departamento?!

La joven agachó la cabeza, sin ocultar su vergüenza.

—Estuvimos juntos.

Y fue tan explícito su gesto, que no necesitó decir más.

—¡Yo lo mato!... ¡Yo a ese tipo lo mato!

—No, Raúl... ¡No! Lo que pasa entre él y yo no tiene nada que ver con nosotros. No te amo, y nunca te engañé al respecto.

—Pero te dije que podía esperar a que tú...

—¡No! Esta noche tuve la certeza de que mis sentimientos nunca van a cambiar. Ya no tengo fuerzas para seguir mintiéndome.

—¿Qué fue lo que realmente ocurrió esta noche? — preguntó Raúl, a pesar de no querer escuchar la respuesta.

—No tiene sentido que sigas sufriendo por una historia que no va a poder ser. Nunca fui de verdad tu novia.

Pero aquel gigantón la enfrentó.

—Necesito saber... ¿Qué ocurrió entre ustedes esta noche?!

—Todo.

—¡Yo lo mato! —exclamó Raúl, enfurecido, mientras luchaba por liberarse de los brazos de la muchacha, que intentaba vanamente retenerlo.

—¡No fue él! ¡Fui yo!... Yo quería que pasara... Nunca dejé de amarlo.

—¡Qué basura inmundada! —gritaba Raúl, al borde de las lágrimas—. ¡Cómo pudo aprovecharse así de tu inocencia!

—¡Él no se aprovechó de nada! ¿No me escuchas?

—¡Atacarte de esa forma cruel!

—¡No fue así!

—¿Al menos se cuidó?... ¡Dime que al menos se cuidó!

La joven lo miró confundida.

—¡Dime que al menos usó un preservativo! —se enfureció Raúl.

—No llegamos tan lejos.

Y esa respuesta inesperada hizo que aquel gigantón recuperara de inmediato parte de su calma.

—¿Cómo que no llegaron tan lejos?

—Tuvo que irse, porque lo llamaron de urgencia de la clínica. ¡Pero eso no cambia nada en absoluto!

—¡Tontita! ¡Eso lo cambia todo! Tú no entiendes de estas cosas, pero...

—¿Me tomas por idiota, Raúl? He visto a un hombre abierto al medio, he sostenido su corazón en mis manos, ¿y te crees que no sé lo que es hacer el amor?... No, no llegamos hasta el final, pero eso no quiere decir que todavía yo sea virgen. Porque esta noche estaba dispuesta a entregarme a él, y llegar hasta donde él quisiera llevarme. Porque busqué cada una de sus caricias. Porque...

—¡Eso no es nada!

—Porque estaba tan excitada, que tuve que masturbarme pensando en él cuando me quedé sola... No quiero ser cruel, Raúl, y sé que tú, menos que nadie, lo merece. Pero lo que me ocurre con Fernando no lo puedo olvidar. Y, aunque pudiera, no quiero hacerlo.

Raúl se alejó, tratando de entender.

—¡Por supuesto!... Él sabe como lograrlo. El tipo es un experto... Basta verle la cara para saber que mujeres nunca

le han faltado. Para un hombre así debe ser fácil aprovecharse de...

—¡Raúl!... Mi relación con Fernando es sólo mía. Lo que ocurrió esta noche entre nosotros no cambia en nada mi obligación para con Patricia. No cambia en nada mi firme decisión de alejarme hasta que ella pueda recuperarse... Pero no pienso seguir usándote para lograrlo. No quise hacerlo desde un principio, y te consta.

—A mi no me importa.

—¿Lo que pasó esta noche con Fernando no te importa? No... No quiero ni puedo seguir lastimándote, sólo porque eres una buena persona. No te lo mereces. Por eso corrí hasta aquí a pesar de mi miedo. Quiero dejar esto aclarado. Nuestro noviazgo nunca ocurrió más allá de la voluntad de uno y otro. Nunca me sentí cómoda contigo en la intimidad, porque sabía que mis besos no te pertenecían.

Aquel gigantón se dio vuelta para hundirse en las sombras, y que aquella mujer que amaba no lo viera llorar.

—Raúl... —intentó consolarlo ella con dulzura—, eres un hombre maravilloso, y si hubiera podido, me hubiera enamorado de ti. Pero no puedo.

—Está bien... Cortemos lo nuestro. Va a ser todo un golpe para mi familia, pero... Sí. Creo que va a ser lo mejor para ambos. Pero ya que no me dejas amarte, al menos permíteme ser tu amigo, y escucha mi consejo: esta relación con Fernando te está destruyendo. Ahora te alejas

de mi, que te quiero con desinterés, que te he respetado, y ofrecido todo lo que tengo, para unirte a él, que no puede darte nada.

—Ya te dije que no voy a unirme a él. Voy a esperarlo a la distancia.

—¿Vas a esperarlo? Esperarás a que salga de la cama de la otra, para recibirlo en la tuya. Le susurrarás palabras de amor, cuando aún resuenen en su oído las que ella le ha dicho. ¿Cuánto tiempo vas a tolerar ser “la otra”?

—Algún día Patricia podrá aceptar...

—No. No te engañes. Tú misma hablaste con su terapeuta. No. Te guste o no, Fernando está unido a esa mujer de por vida. ¿Qué vas a hacer mientras tanto? ¿Rogar para que ella muera? ¿O ser tú misma la responsable de su muerte?

—Yo...

Entre el miedo y la desesperación, Ángel rompió en llanto.

Raúl intentó consolarla, pero ella lo rechazó.

—No, por favor. Tu cariño sólo empeoraría las cosas. Necesito estar sola para pensar. Me voy a casa...

—Te llevo.

—No...

Se trabó en medio de la frase. Estaba rodeada por la oscuridad, y se sentía atrapada por la muerte.

—Pasa un minuto, Ángel, por favor. ¡Sólo un minuto!... Busco las llaves del auto, y vamos... Y luego, si quieres, no nos volvemos a ver nunca más... Déjame hacerte este último favor.

De mala gana la muchacha entró en aquella casa hermosa y acogedora, en la que nunca había terminado de sentirse feliz.

El comedor estaba desierto. Ya era muy tarde, y probablemente la familia dormía.

A los diez minutos de estar aguardando, Ángel comenzó a impacientarse. Tenía terror de irse sola, pero ahora aquella sala también comenzaba a ahogarla.

Necesitaba salir de allí.

Intentó abrir la puerta principal, pero, por supuesto, estaba cerrada. Buscó infructuosamente la llave. Se sentía atrapada en medio de las sombras.

Recordó que había una segunda puerta en la cocina, y se dirigió corriendo hacia allí. ¡De verdad necesitaba irse! Pero cuando apoyó la mano en el picaporte para abrir, se chocó de lleno con la mismísima Laura.

—Queridita...

—Ya me iba.

—No hay apuro, pequeña.

—Raúl y yo cortamos, Laura. Ya no somos novios.

Ángel era una firme convencida de que las malas noticias debían darse rápido. Pero, para su sorpresa, su suegra no se espantó al oírla.

—Lo sé, queridita... Ya me contó Raulcho tu pequeña indiscreción.

Y tomándola por el hombro, aquella dama honorable la condujo de vuelta hasta la gran mesa que se ubicaba en medio del comedor.

—¡Ay, querida Ángel! ¡Si yo no hubiera querido tanto a tu madre...!

—Tengo que irme, Laura... ¿Me abres?

—¿Sabes? Lo que es importante aquí es que entiendas que no ha pasado nada... Estamos en el siglo veintiuno, y yo soy una suegra muy moderna. ¿Te has masturbado pensando en otro? ¡Todas lo hacemos! —y en voz muy baja, agregó—, yo pienso en Brad Pitt, porque me gusta su carita de niño.

Ángel la escuchaba, atónita. La compuesta dama del club de Leones, que cocinaba tortas y bordaba pañuelos de hilo, le estaba hablando con toda calma de sus placeres nocturnos, como quién le susurraba a una amiga una receta exitosa.

Pero si bien eso era sorprendente, lo terrible era que en su discurso aquella mujer había mencionado al pasar lo que a Ángel le había sucedido esa tarde. Algo tan íntimo que la había conmocionado. Algo que había sucedido por primera vez en su vida, y de lo que, ahora se daba cuenta, nunca le tendría que haber dicho nada a nadie. Porque para ella aquel placer prohibido había significado mucho más que un simple divertimento.

¿Cómo le hablaba aquella dama así? Era como si aquello fuera algo para discutir en la mesa de los domingos, frente a los abuelos: ¿te masturbaste hoy? ¿Lo harás mañana?

La jovencita estaba abrumada.

Y cuando ya creía que nada más podía sorprenderla, también de la cocina, surgió la figura trasnochada de Rodolfo, el padre de familia.

—Querida Ángel: hablé con Raúl. ¡Él está tan angustiado! Pero, créeme, lo que ese tipo te hizo no tiene importancia... Un poco de manoseo no es nada, en tanto se guarde lo importante para el matrimonio.

¡Ángel no lo podía creer! ¡Lo último que faltaba!

No. Se había equivocado. Todavía podía haber un poco más.

—¡Querida amiga!

¡Ornella!

—¿Ves que no tenías que quedarte sola? —le reprochó.

—Me quiero ir... —susurró Ángel, ahogada de tanta compañía.

¿Y ahora qué? ¿Mirelle D'Arc preguntándole por la regularidad de su ciclo menstrual, y transmitiéndolo por la televisión nacional?

Y cuando ya se sentía a punto de estallar, por fin apareció Raúl.

—¿Qué es esta trampa que me has tendido? —le reprochó ella.

—Ninguna trampa... Pero antes de irte, hay algo que debes saber...

—Nada me hará cambiar de opinión —dijo Ángel con seguridad.

Pero se equivocaba...

\* \* \*

Era la décima vez que tocaba el timbre, y Fernando ya estaba comenzando a desesperarse.

—¡Permiso!

La pata de un bastón lo golpeó con fuerza, y su corazón se iluminó.

—¡Hola!... ¿Se acuerda de mí? Soy el amigo de la chica nueva. Ayer usted me dejó pasar...

—¡Shhh! Que nadie te escuche. Aquí dicen que le abro a cualquiera...

—¿Me deja pasar? Mi amiga no me contesta, y estoy preocupado.

—Tu amiga se ha ido ayer, muy, muy tarde.

—¿Cómo que se ha ido? —preguntó Fernando, en un hilo de voz.

—Yo bajé a comprar manteca para los fideitos que voy a hacerme hoy al mediodía. Tengo problemas para dormir, y no me gusta esperar a último momento. Pero, ¿podrás creer que no venden manteca a las doce de la noche?... Quique, de aquí a la vuelta, estaba cerrado. Pero de seguro ahora, que ya son las cinco de la mañana...

—¿Se fue sola, a las doce de la noche?!

—¡No!... Raulito la ayudaba... Y me dio a mí las llaves del departamento para que se las entregue al portero, porque parece que van a ausentarse por un tiempo largo... Por seguridad me las dio. Porque últimamente pasan muchas cosas en este vecindario, y no es cuestión de confiar en el primero que pasa... ¿Quieres que te de sus llaves a ti?

\* \* \*

—Luciana... ¡Luciana!

Fernando sacudió a su hermana con violencia.

—Me duele la panza... No quiero ir al cole...

—¡Nunca quieres ir al colegio!... Pero no es por eso.

—¿Qué hora es? ¡¿Las seis de la mañana?! ¿Eres tonto, o que te pasa, Fernando? ¡Falta una hora para que tenga que levantarme!

—Necesito que me digas el apellido del novio de Ángel.

—¿De Raúl? —preguntó, volviendo a cerrar los ojos, y acomodando la almohada.

—¡De quién más! ¿Cómo se apellida?... ¡Luciana!

—¡Qué se yo! —se quejó la jovencita, abriendo un solo ojo.

—¿Y la dirección?

—¡Menos! Sé que es en Palermo Viejo, pero... Nunca fui.

Fernando soltó a su hermana, y se dirigió directamente al cuarto de sus padres.

—¡Mamá!

—¿Qué ocurre, hijo? ¿Le ocurrió algo a Patricia?

—¿Cómo se apellida el novio de Ángel?

—¡No son horas para andar haciendo preguntas! —se enojó el doctor Aguirre, que se había despertado por la conversación.

—¡Necesito saber dónde vive el novio de Ángel! —se justificó su hijo.

—¿A las seis de la mañana?!

—Es inútil que discutan —se apuró a interceder Lucía—. No tengo ni la más remota idea. Sé que tiene una casa en Pilar, pero creo que está vacía.

Su padre todavía le preguntó algo, pero Fernando ya no lo podía escuchar.

Estaba desesperado.

\* \* \*

—Otra vez no me llames a las seis de la mañana. Samuel se levanta a las seis y media, y a Gabrielito cualquier ruido lo despierta.

—Necesitaba saber, Victoria.

—Ya abren...

Fernando fue el primero en abalanzarse sobre el mostrador.

—Ayer vino a atenderse aquí una muchacha hermosa, con unos ojos increíbles, y un flequillito...

—¿Perdió algo?

—¡No!... Vino con otra, una gordita.

—¿Ella perdió algo?

—¡No!... En realidad, sí. Tengo que darle algo, y no sé su apellido. Quizás aquí en la peluquería esté su ficha.

—Mira, moreno... Me encantaría complacerte, (y no estoy exagerando), pero si te doy los datos de una de nuestras clientes, me echan. Además, ¿para qué quieres el teléfono de la gordita, sin puedes tenerme a mí? Salgo a las nueve.

Detrás de su amigo, Victoria no pudo evitar una sonrisa.

Había llegado la hora de entrometerse un poco, (un poco más).

—Disculpa...

—¿Te conozco? Tu cara me resulta familiar...

—Soy Victoria Ferrari.

Al escuchar los ecos de aquel nombre famoso, se armó un pequeño revuelo alrededor de la muchacha. Victoria estaba acostumbrada.

—Yo tengo el modelo 17 de tu colección –apuntó una de las clientes, con orgullo.

—Yo el 49. El 48 lo compró mi novio.

—Disculpa... Soy Julia, la dueña de este local, y quisiera darte la bienvenida.

—Hola, Julia. Yo soy Victoria, y aquí mi amigo, el doctor Aguirre, necesita un dato.

—¡El que quiera!

—Yo iba a dárselo —se apuró a decir la rubia de la entrada—, pero no sé el apellido de Ornella. Como no se hace tintura, no la hemos registrado...

—¿Cuál Ornella? —preguntó una tercera—, ¿la que es gorda?

—La que viene todas las semanas a depilarse.

—No... No sé el apellido... —respondió apenada, para luego agregar—, sólo la dirección. Algunas veces la depilo en su casa... ¿Les sirve?

\* \* \*

Fernando estaba desesperado.

Y si bien, hormonas mediante, no era tan extraño encontrar una mujer desesperada, enfrentarse a aquel moreno, acostumbrado a luchar con la muerte en el

quirófano y mantener la calma, y verlo en semejante arrebato, era conmovedor.

Y quizás por aquella desesperación, cuando Ornella se asomó por la ventanita que daba a la entrada, y vio su cara, sólo atinó a correr escaleras arriba, llamando a los gritos a su hermano.

A pesar de que apenas eran las nueve y media de la mañana, Fernando comenzó a azotar la puerta de calle, mientras seguía tocando el timbre sin parar.

—¡Ángel! —comenzó a gritar con furia—. ¡Ángel!

Estaba desesperado.

\* \* \*

—¿El timbre y esos golpes son aquí?

—¿Qué estás escuchando, Ángel? —preguntó Ornella a su amiga, mientras elevaba hasta lo inaudito el volumen de la canción.

—¡Está muy fuerte! —se quejó Ángel— ¿Era aquí que sonaba el timbre, y golpeaban?

—¡No! En casa del vecino. ¡Y tienen para largo! Está borracho, y la mujer no lo quiere dejar entrar —gritó su cuñada, para hacerse escuchar por encima de la música que ahora atronaba el cuarto— ¡Qué linda canción! ¿Quién es?

—¡Phill Collins!

—¡¿Quién?!

—¡Phill...! ¿Por qué no bajamos un poco la música? Prefiero los golpes...

—¿Entiendes la letra? ¿De qué habla? —insistió la muchacha, mientras se interponía entre su amiga y el control de volumen.

—Si me dejas bajarla, te la traduzco.

—¡Primero deja que la escuche así! Es tan lenta, que el volumen le agrega un poco de ritmo —replicó la muchacha, mientras comenzaba a bailotear por el cuarto.

Ángel hizo una mueca de disgusto.

Además de todo lo que ocurría, ¡encima su cuñada se había vuelto loca!

\* \* \*

—Si no te vas, llamo a la policía.

Desde sus casi dos metros, aquel muñeco superdesarrollado, no parecía estar jugando.

—Quiero ver a Ángel, y sé que la tienes encerrada aquí.

—¡No está encerrada! Y no está aquí... Además, no quiere volver a verte. ¡Tuviste suerte que sonara ese celular a tiempo, porque si llegabas a tocarla, yo mismo te iba a matar! ¡Te guste o no, Ángel es “mi” novia!

—Pero me ama a mí. Y si no es así, quiero que sea ella misma la que me lo diga.

—¡Ella no necesita decirte nada! Sólo quiere que la dejes en paz.

—¡Ángel! —gritó Fernando al vacío.

Pero un patrullero se acercó hasta él.

—¿Qué ocurre aquí?

—Este tipo está molestando, oficial.

—¿Vamos a la comisaría a discutir el asunto? —preguntó el oficial, amenazante.

Fernando se maravilló. Era increíble la rapidez que tenía la policía nacional para actuar en el preciso momento en que uno menos la necesitaba.

—Voy a volver, Raúl... No es contigo. Sólo quiero hablar con ella...

—Hubieras hablado ayer, en vez de hacer otras cosas —dijo aquel gigantón, cerrando la puerta en su cara.

El policía todavía miraba al joven doctor con desconfianza.

—¡Ya me voy! —se apuró a decir Fernando, que con un paciente recién operado, no se podía dar el lujo de terminar en la cárcel.

Pero sólo cuando ya se estaba acercando a su auto se dio cuenta que, desde aquella casa maldita, surgía la voz áspera e inconfundible de Phill Collins, cantando a todo volumen aquellas palabras que él le había enviado a Ángel antes de partir a Tucumán.

—¡Ángel! —volvió a gritar, desesperado.

Y una vez más el policía lo amenazó con su gesto.

Fernando se subió a su auto, y no tardó en partir.

Pero no habían pasado todavía cinco minutos, cuando ya había regresado. Esta vez ni se molestó en tocar el timbre.

Sólo abrió la puerta de su auto, y puso la música a todo volumen.

\* \* \*

—¡Me has dejado sorda, Ornella! ¡¿Qué te propones?!

—Nada... Escuchar la canción.

—¿Quieres que te la traduzca? Es hermosa.

—No... Creo que ya no hace falta.

—No entiendo...

—¡No importa! Me entiendo yo.

—¿Y esa música..., también viene de lo del vecino?

En efecto, ahora era la voz de Coti la que atronaba desde la calle.

—¡Pero que maldito! —comenzó a blasfemar Ornella, corriendo hacia la ventana que asomaba hacia el exterior.

Ángel la siguió, pero al ver lo que ocurría abajo, no pudo evitar estremecerse.

No era sólo Coti... Era también Fernando, a los gritos, mientras se paseaba nervioso por la vereda.

—Tengo que bajar —se desesperó Ángel— ¡Tengo que hablarle!

—¡Déjalo! No lo merece... Ahora hace este teatro, pero de noche duerme con la otra.

—¡Tengo que hablarle!

Y a pesar de los esfuerzos de su ex cuñada, Ángel logró correr escaleras abajo, rumbo a la puerta principal. Y ya casi estaba por alcanzarla, cuando Raúl la detuvo.

Raúl, Raulito..., Raulcho.

\* \* \*

*Tengo una mala noticia  
no fue de casualidad  
yo quería que nos pasara  
y tú y tú, lo dejaste pasar*

*no quiero que me perdones  
y no me pidas perdón  
no me niegues que me buscaste  
nada nada de esto  
nada de esto fue un error*

*Los errores no se eligen  
para bien o para mal  
no fallé cuando viniste  
y tú y tú no quisiste fallar  
aprendí la diferencia  
entre el juego y el azar  
quien te mira y quien se entrega  
nada nada de esto*

*nada de esto fue un error*

Fernando acompañaba los versos, pero más cuidando de ser escuchado, que de no desentonar. Gritaba fuerte, con furia y desesperación.

Y hubiera seguido por siempre, pero otra vez apareció aquel oficial.

—Tiene que irse. Es la última vez que se lo digo —lo amenazó.

—Usted no entiende... Tienen encerrada a una chica, y yo lo único que quiero es hablarle.

—Es usted el que no entiende —le dijo aquel hombre con seriedad—. Hace tres años que hago esta parada. Los Rufaldi son buena gente. Los únicos de la cuadra que me alcanzan un pedazo de pan dulce en navidad, o una porción de torta los domingos. Buena gente.

—¡Pero la tienen encerrada! ¡No la dejan hablar conmigo!

—¿Y esa chica, que edad tiene?

—Veinticinco.

—¿Sabe que hay allí, a dos calles?

—No.

—La avenida Santa Fe. Veinticuatro horas de pura joda. Tiene teléfonos públicos, privados, semi públicos. Cabinas y locutorios de todo tipo... Y está allí, a sólo dos calles... Hágame caso, señor. Usted no parece mala gente, y a todos alguna vez nos pasó. Vaya a su casa, péguese un buen baño, y olvídense de todo el asunto.

Sí, quizás aquel policía tenía razón.

¿Para qué negar lo evidente?

Después de todo, la avenida Santa Fe estaba a sólo dos calles.

\* \* \*

Ángel logró soltarse, y salió a la calle, desesperada.

Pero ya no había nadie allí.

Sólo Raúl, que, como siempre, la esperaba para consolar su llanto.

\* \* \*

Fernando llegó al pequeño departamento que compartía con Patricia, y se extrañó al ver la puerta sin llave. El desorden reinante, en cambio, no lo sorprendió en absoluto,

porque ahora que su novia casi no salía de la casa, por más que él se esforzara, le era imposible evitar el caos.

Por media hora se quedó sentado, esperando.

Y por fin el teléfono sonó.

—¡Hola, ¿Ángel?! —preguntó, sin ocultar su emoción.

—Soy Irene, Fernando... La licenciada Urquiza.

—Patricia no está.

—Lo sé. Está conmigo. La tuve que hospitalizar.

—¿Cómo?!

—Me llamó un amigo de ella para decirme que la había notado muy deprimida, y que estaba sola. Yo siempre suelo pasar cerca de la casa de ustedes, porque a dos calles de allí está mi consultorio, así que me desvié para visitarla... ¡Y se había tomado una caja de pastillas!

—¿Quién te abrió?

—La puerta estaba sin llave.

—¿Y quién era ese amigo que te llamó? —preguntó Fernando, desconfiado.

Pero la veterana profesional se enojó con él.

—¿No me vas a preguntar como está ella?

—¿Cómo está? —dijo por fórmula, mientras en su interior, él mismo se sentía morir.

Y, francamente, ya le daba lo mismo.

\* \* \*

Raúl miró su reloj, preocupado. El tiempo parecía no pasar nunca. Todos se agitaban a su alrededor. Los besos,

los saludos, los enhorabuenas... Cada vez que partía a Europa era la misma rutina.

Sólo Ángel permanecía allí, sentada a un costado, quieta, indiferente al apuro de todos, con la mirada perdida, y sus auriculares puestos.

Raúl volvió a dudar: ¿estaría haciendo lo correcto?

Algo le quedaba en claro: mientras Fernando estuviera rondando a Ángel, ella corría peligro. Claro que él no estaba dispuesto a llegar a los extremos de Patricia, para separarlos, pero...

¿Podría ella olvidarlo alguna vez?

¿Llegaría algún día Ángel a sentir aquel amor tan fuerte por él?

Lo lastimaba verla así. Y le iba a ser muy difícil tenerla tan cerca, y a la vez tan lejos.

Pero cuando se estaba tan enamorado como él lo estaba, no quedaba otra opción más que buscar la felicidad del otro a cualquier precio.

Y el precio que él estaba a punto de pagar era muy alto.

\* \* \*

—¡Papá!... Ya me iba.... Me enganchas justo...

—¿Ese era tu último paciente?

—Por fortuna. Estoy aquí desde las ocho de la mañana.

—¿No estás trabajando demasiado?

—Tiempo me sobra.

Ignacio intentó sentarse en la silla destartada que había detrás del escritorio, pero Panchito, con tanta devoción como mala suerte, se había apurado a correrla con torpeza,

por lo que, fue cuestión de una fracción de segundo, para que el digno doctor no acabara tendido en el piso.

—No me acostumbro a esto de que tengas “secretario” — dijo de mal modo Ignacio a su hijo—. Por cierto, el otro día dejé unas monedas sobre el escritorio, para la máquina de café, y luego de un rato ya no estaban.

—¿Tomaste las monedas, Panchito? —lo interrogó Fernando.

—Nooo.

—¿Nooo, o no?

—Casi.

Los doctores Aguirre coincidieron en la misma mueca acusadora, que el vivaz “secretario” supo endulzar con un gesto encantador.

—¿Entonces vas a tu casa, Fernando? —insistió Ignacio.

—No... Pensaba más bien ir a un bar, y tomar algo. Estar solo por un rato.

Sonó el celular de Fernando, y Panchito se apuró a atender.

—Es ella... —dijo con sequedad, alargándole el aparato a su “jefe”.

Este tomó el teléfono, y se dirigió hacia un sitio apartado para contestar. Se lo veía triste y molesto. Cuando por fin cortó, volvió con ellos, y comenzó a juntar sus cosas con apuro.

—Tengo que irme rápido —explicó.

—¿Por qué?

—Patricia me necesita. Otra vez no está bien.

—Espera, Fernando... Quería hablarte.

—¿Es urgente?

—Un momento nada más... ¿Qué hora es?

—¿Y para pedirme la hora me retienes? —se impacientó Fernando.

—¿Qué hora es? —insistió su padre.

—Casi las ocho de la noche.

—En una hora y cuarto parte el avión de Ángel. Viaja a Milán.

Fernando, que se había puesto de pie para irse, cayó pesadamente en la silla con la noticia.

—¿Quién te lo ha dicho?... ¿Estás seguro?

—Hace un rato me llamó para despedirse.

El celular volvió a sonar. Panchito miró la pantalla, y se lo alcanzó a Fernando.

—¡Sí! Ya voy... ¡Está bien! —replicó el joven doctor al aparato, sin ocultar el fastidio.

Cortó, y volvió a ponerse de pie. Pero su padre lo obligó a sentarse otra vez.

—¿Sabes lo que tenemos de bueno los Aguirre?

—Tengo que irme, papá.

—Los Aguirre somos hombres de vocaciones fuertes. El abuelo era uno de los mejores orfebres del país.

—Tengo que irme, y no estoy para historias.

—Para él fue toda una desilusión que yo eligiera la medicina. Había luchado con ahínco por dejarme su empresa, una muy buena empresa, y yo la desperdiciaba por un sueño. Pero era mi sueño, y jamás me arrepentí.

—Tengo que irme, papá. Patricia me espera, y ella...

—Desde que tenías diez años supe que ibas a seguir mis pasos. Que tu vocación era la medicina...

—¿Diez años? —preguntó Panchito, con repentino interés.

—Sí... Más o menos. Me bastó ver lo que había hecho con ese gato de la calle para...

—¿Cómo con el gato?! ¿Qué sabes tú de la historia del gato? —se sorprendió su hijo.

—Cuando aquella noche regresaste a casa, fui a buscar al pobre animal. ¡No iba a permitir que lo lastimaras!

—¿Qué gato era ese? —preguntó Panchito, intrigado.

—Uno que tenía las tripas colgando, y que este zarpado no tuvo empacho en operar..., ¡a los diez años!

—¿Cómo supiste?! —se extrañó Fernando.

—Durante dos días estuve torturándome para que te explicara como se hacía para coser a un enfermo. Nunca antes habías demostrado interés en la medicina, y, de repente, parecía obsesionarte. Eso, de por sí, era raro. Pero cuando me preguntaste cuánta anestesia debía aplicarse a una persona que tenía el tamaño de un gato, como te imaginarás, sospeché que en algo andabas... —Y mirando a Panchito, agregó—. Mi hijo siempre fue muy hábil, pero poco inteligente.

—¡No puedo creer que todo este tiempo lo supieras!

—Luego de tu “operación”, atrapé al gato, y lo llevé al veterinario... Fue él el que me hizo ver, asombrado, tu trabajo. ¡Impecable!... Lo llevas en la sangre. Eres como tu abuelo, cincelando la plata...

—Es increíble que supieras lo del gato.

—Por eso, cuando reprobaste aquella materia, en primer año, y me dijiste que querías dejar medicina, para ser periodista deportivo, no me espanté. Por el contrario, te di

mi bendición, y te conseguí, “mientras tanto”, aquel trabajo en lo de Barros... ¿Lo recuerdas? —Y otra vez se dirigió al niño—. También Fernando fue por un tiempo “secretario” de un gran doctor, como tú.

Su hijo lo miraba, maravillado.

—¿Lo hiciste a propósito?... ¿Siempre supiste que me iba a enamorar de la profesión de sólo estar con tu amigo?

—Digamos que no me sorprendí cuando al semestre siguiente volviste a medicina sin chistar.

—¿Y yo también voy a ser cirujano? —preguntó Panchito con sorpresa.

—Habilidad con las manos no te falta. ¡Y si eres igual de rápido que con las monedas! —le reprochó Ignacio.

El teléfono de Fernando volvió a sonar. El joven doctor miró el visor, y apagó el sonido, con fastidio.

—Tengo que irme —volvió a decir, poniéndose de pie.

Pero Ignacio continuó con su discurso.

—De la misma forma, la primera vez que vi a Ángel, cuando ella tenía apenas quince, y tú eras un tonto de veinte, supe que aquella muchachita era otra parte de tu verdadera vocación...

Fernando se detuvo al escuchar aquel nombre tan amado, y ahora contemplaba a su padre en silencio.

—... Claro que por aquel entonces sólo pensabas en andar con tus amigos ricos, en casa de los Ferrari, de fiesta en fiesta. No era tiempo de que se encontraran... Todavía no eras el hombre para ella, aunque, obviamente, ella ya era tu mujer. Esperé pacientemente a que maduraras. Y entonces, de la nada, apareció Patricia... Y volví a esperar pacientemente.

—Pues esta vez te equivocaste, papá. Al menos en parte... Tú mismo lo has dicho: a pesar de que Ángel sabe lo que siento por ella, se está yendo con otro.

—¿Vas a renunciar a su amor, entonces?

—No... Aunque quisiera, no puedo. Ella es mi vocación.

En eso no te equivocaste.

—¿Y entonces?

—Voy a esperarla.

—Ángel te ama.

Fernando miró conmovido a su padre.

—¿Por qué se va con otro, entonces? —le replicó con amargura. Y al notar un nuevo destello rojo en su celular, agregó— De verdad, tengo que irme...

—Préstame tu teléfono, Fernando. Lo necesito —le ordenó su padre, poniéndose de pie.

—No puedo seguir demorándome. Busca otro teléfono por allí...

Los dos hombres se enfrentaron, pero fue Ignacio el que se impuso.

—Tu teléfono, por favor.

Para sorpresa de su hijo, el doctor Aguirre sacó su propio celular del bolsillo, y comenzó a discar un número que extrajo de la agenda del que él le había dado.

—Hola... ¿Patricia? Ignacio... Acabo de tener una terrible pelea con Lucía. ¿Querías una oportunidad conmigo? Es ahora, o nunca. Tú eliges... Te espero en el barcito de la clínica, en media hora.

Su hijo lo vio cortar, sin poder salir de su asombro.

—¿Te has vuelto loco, papá?!

—Quizás... —dijo el doctor Aguirre con una sonrisa en los labios, mientras apoyaba el celular de su hijo en el escritorio.

Por un segundo los tres hombres se quedaron en silencio, la vista fija en el aparato.

Una vez más comenzó a vibrar enfurecido, mientras el destello rojo se prendía y se apagaba.

—¿Hola? —se apuró a contestar Fernando— Ah... Te sientes mejor... Ah, no te hago falta... Vas a salir... Claro...

Fernando cortó la comunicación. Y entonces padre e hijo se encontraron con la mirada.

—No puedo creer que todo este tiempo siguió enamorada de ti —concluyó Fernando.

—No... No te engañes, hijo. Patricia a la única persona que ama en este mundo es a Patricia. Yo sólo fui un golpe para su ego. Conmigo falló. Aunque una vez... ¿Sabes? Durante varios años consiguió enloquecerme. A pesar de que yo estaba, y estoy, perdidamente enamorado de tu madre. A pesar de que era fuera de mi naturaleza el andar deseando una muchacha que podía ser mi hija. A pesar de que sabía que ganándola, tenía mucho que perder. A pesar de todo eso, un día casi logró hacerme caer en su trampa... Patricia es muy hábil manipulando a la gente. Lo hizo primero conmigo, y ahora lo está haciendo contigo... ¿De veras crees que no lo ha hecho con Ángel?

—¿Piensas que ese pueda ser el motivo por el cual...?

—El avión todavía no partió... ¿Por qué no vas a averiguarlo?

Todo el gesto de Fernando cambió de inmediato. Era como si el alma le hubiera vuelto al cuerpo. Era como si, después de tanto tiempo, al fin tuviera derecho de ser feliz.

Sin esperar más, salió corriendo del consultorio, rumbo a su destino.

—¡Eh!... ¡Fernando!... ¡Espera! —gritó Panchito mientras desaparecía detrás de él, dejando la puerta abierta.

Ignacio volvió a tomar asiento. Por unos segundos se distrajo en el papeleo que su hijo había dejado desordenado. Se caló los lentes, observó algo, y levantó la cabeza, distraído.

Y entonces la vio.

Parada allí. Bellísima. Con aquel encanto que lo obligaba a rendirse de inmediato a sus pies.

—¿Era nuestro hijo el que salió corriendo de aquí? —preguntó Lucía.

Ignacio no respondió.

Aquel vestido le quedaba estupendo. Como pintado al cuerpo. ¡Y qué cuerpo! Aún a pesar de los años y las arrugas, sus curvas todavía lograban hacerlo enloquecer.

—¿Por qué me miras así, Ignacio? ¿Te acordabas que venía a buscarte, verdad?

—Sí.

—¿Fernando está bien?

—Hay una cosa que quiero que sepas de “tu” hijo, Lucía —dijo él, en tono severo.

—¿Qué ocurre con “mi” hijo?... ¿Qué hizo esta vez?

—Tu hijo... —le replicó Ignacio, poniéndose de pie, y pegándose a ella, mientras la tomaba de la cintura con deseo—. “Tu” hijo, es como tú...

Una maravillosa persona.

\* \* \*

Fernando Aguirre corrió hasta el mostrador de Alitalia.

—¿El vuelo con destino a Milán? —gritó con desesperación.

—Están abordando —le respondió la empleada, señalándole la escalera mecánica que llevaba al pre embarque.

Fernando giró la cabeza en la dirección que le indicaban.

Y entonces la vio.

Allí, parada junto a aquel ropero. Hermosa, aunque frágil y triste.

Llevaba una mochila al hombro, y, (por supuesto), sus auriculares puestos.

—¡Ángel! —le gritó.

Pero un hombre joven se interpuso en su camino.

—Perdón..., ¿usted es el doctor Fernando Aguirre? —le preguntó, mientras lo detenía con tanta fuerza como determinación.

—¿Nicolás Olivera? —se sorprendió su víctima, al reconocer a su viejo rival en el rugby.

Y aquellas palabras fueron las últimas que pronunció antes de hundirse en la más absoluta oscuridad.

\* \* \*

Muchas veces Ángel había necesitado aislarse del dolor. Eran esos momentos en que sometían a sus padres a alguna

tortura médica tan horrible como necesaria, y ella debía esperarlos puertas afuera, escuchando sus gritos, y maldiciendo su suerte. Y como entonces, también ahora tenía que refugiarse en la música de su I Pod para poder soportar ese dolor que la sobrecogía.

No quería pensar... No podía darse el lujo de hacerlo.

—Hola.

Un niño oscuro, bastante mal vestido, le había arrancado un auricular, y la estaba saludando.

—Hola... ¿Y tu mamá?

—Por allí... ¿Qué es esta cosa que tienes en la oreja?

—Mi I Pod.

—¿Qué es eso?

—Un aparato que sirve para escuchar música... ¿Viajas a algún sitio?

—A Mar del Plata.

—¡De aquí no sale ningún vuelo a Mar del Plata! Esto es para viajes internacionales. Y no me imagino como hiciste para subir hasta aquí sin tener un pasaje. ¿Cómo pasaste “Inmigración”?

—Ya te dije: con mi mamá... ¿Me das un beso?

Ángel sonrió con encanto, y le puso la mejilla. Pero aquel muchachito la sorprendió besándola en los labios.

—¡Es ese, oficial!

Un tipo de uniforme señalaba al niño.

—Tengo que irme —le anunció el chico a Ángel, justo antes de echar a correr.

Pero apenas se había alejado, cuando se dio vuelta otra vez para gritar a la muchacha: —¡Escucha tu “Aipo”! ¡Escúchalo antes de irte!

Los dos oficiales pasaron como una tromba delante de los ojos de la muchacha.

Por un segundo Ángel observó la escena, confundida.

—Qué niño tan extraño —susurró para sí.

Buscó su I Pod otra vez, y se sorprendió.

—¡Este no es mi I Pod!... ¡Me lo cambiaron! Ese niño...

Y entonces comprendió. O entendió que quizás había un motivo para no comprender.

Con reverencia tomó los auriculares, se los colocó, y la música comenzó a sonar.

*Tengo una mala noticia  
no fue de casualidad  
yo quería que nos pasara  
y tú y tú, lo dejaste pasar*

El corazón de la muchacha comenzó a latir con fuerza.

Fernando estaba allí.

\* \* \*

El agua fría hizo que Fernando despertara de un salto. Un tipo lo contuvo, mientras otros lo rodeaban.

—Disculpa, hermano —le dijo aquel hombre inmenso que recordaba vagamente—. No es contigo la cosa. Pero Raúl no se merece que le vuelva a pasar.

—El avión... —murmuró el joven doctor, tratando de volver al mundo de los vivos.

—Ya abordaron —le contestaron a coro.

Y aquella pequeña multitud de hombres grandes que lo había rodeado, no tardó en disgregarse, dejándolo solo y confundido en medio de la explanada que llevaba al estacionamiento descubierto.

—¡Ese!... ¡Ese es mi papá! —gritó Panchito al verlo, mientras forcejeaba con dos oficiales.

—¿Qué le pasó, amigo?... ¿Le robaron?

—Creo que no —dijo Fernando, todavía confundido, mientras simulaba buscar su billetera —No, no parece faltar nada.

—¡Pero alguien lo golpeó! Tiene una terrible marca en la cara... ¿Quiere levantar una denuncia?

—No... No tiene caso. No los podría reconocer —mintió.

—¿Este es su hijo? Andaba vagando por la zona de embarque.

—Lo perdí en la confusión, cuando me atacaron.

—¿Es su hijo? —volvió a preguntar el oficial con desconfianza.

—Lamentablemente —respondió Fernando.

—¿Y este I Pod?... ¿Es de él? —insistió el tipo.

Y a Fernando se le iluminó la mirada.

\* \* \*

—¿Entonces se lo diste? ¡¿Cómo se te ocurrió?

Fernando no terminaba de maravillarse, feliz de haber aceptado la compañía de su “secretario” para aquel viaje.

—Cuando vi que esos tipos “te la estaban dando”...

—¿Pero cómo se te ocurrió cambiar el I Pod?

—Durante todo el viaje rompiste las pelotas con que, aunque fuera, querías que escuchara la canción de Coti... —y agregó con una mirada pícaro—. Esa que dice que “pasaron cositas”

—Y, entre tanta gente, ¿cómo supiste que era ella?

—Si te tiene así, tan de “la cabeza”, me imaginé que era la más “potra” de todas... ¡Está buenísima!

—¡Sí!...

Ante el solo recuerdo de ella, Fernando sonrió. Pero en cuestión de segundos volvió aquel gesto preocupado a su rostro, (o lo que quedaba de él).

—¿Qué hora es?... ¿De verdad ya habrá partido el avión? Desesperado, detuvo a una azafata que pasaba.

—Señorita... ¿El avión de Alitalia, con destino al aeropuerto de Malpensa?

—Acaba de partir.

—¿Está segura?

—Vengo de allí.

Otra vez una oscura desesperanza se adueñó de él.

Todo había acabado...

Comenzó a caminar lentamente entre la multitud que se agolpaba a su alrededor, seguido de cerca por su pequeña sombra.

Pero cuando ya estaba a punto de salir, la música ambiental cesó, para dar paso a la voz de una locutora.

—Aeropuertos Argentina 2000 solicita la presencia de un médico cardiólogo en el sector de Enfermería. Por favor dirigirse en forma inmediata al personal de seguridad más cercano.

Al oír aquel extraño mensaje, Fernando se estremeció.

—¿Tú no eres médico cardiólogo? —preguntó Panchito con inocencia.

—¡Claro que lo soy! —exclamó su jefe, saltando de alegría.

Tanta alegría asombró a Panchito. Pero como para él todos los adultos eran un poco locos, se limitó a seguirlo a través de los pasillos, sin pedir explicaciones.

—Soy cardiólogo, oficial.

—Ah... Espere que aviso... Es alguien que se descompuso en el vuelo que iba a salir para Milán.

Milán...

Corrieron hasta la Enfermería.

Pero una vez que llegaron a la puerta, Fernando tomó aire, e intentó recuperar la calma.

Y es que estaba convencido de que, cuando entrara allí, un nuevo capítulo de su vida iba a comenzar.

\* \* \*

—No, señora... No. Son algunos gases, pero no un infarto.

—¿Está seguro, doctor?

Para entonces, siendo ya casi las doce de la noche, y no habiendo dormido desde hacía más de veintitrés horas, Fernando ya estaba seguro de muy pocas cosas en su vida.

Que aquella dama corpulenta tenía un corazón a prueba de ravioles, era una de ellas.

Que su mala suerte era tanta que, por más ridículo que fuera, justo aquel día a alguien se le había ocurrido ser tan

específico como para pedir un cardiólogo, y no un médico común.

Que estaba demasiado intoxicado por las películas de Hollywood, ya que por un momento había pensado que, al llegar a la enfermería, ella lo iba a estar esperando, con besos, y un final feliz. Pero en vez de eso, aquella dama glotona lo había enfrentado una vez más, y de un golpe, a la más oscura realidad.

Porque de lo que sí estaba seguro, y esa era la certeza más devastadora, era de que Ángel, su ángel, se había ido, dejándolo solo.

No se suponía que las cosas funcionaran así...

En teoría, si él era bueno, se quedaba con la chica.

Pero eso era sólo en teoría.

\* \* \*

*Tu recuerdo sigue aquí, como un aguacero*

*Rompe fuerte sobre mí, pero a fuego lento*

*Quema y moja por igual, y ya no sé lo que pensar*

*Si tu recuerdo me hace bien o me hace mal*

*Un beso gris, un beso blanco*

*Todo depende del lugar*

*Que yo me fui, eso está claro*

*Pero tu recuerdo no se va*

*Siento tus labios en las noches de verano*

*Ahí están, cuidándome en mi soledad*

*Pero a veces me quieren matar*

*A veces gris, a veces blanco*

*Todo depende del lugar*

*Que tú te fuiste, eso es pasado*

*Sé que te tengo que olvidar...*

—¿Qué escuchas?

Fernando miró los bellos ojos verdes que le habían arrancado su auricular, para colocárselo en aquella oreja perfecta, repleta de piercings, y que estaba justo arriba de un hombro desnudo que sólo anticipaba el esplendor de unos pechos firmes y erguidos.

¡Linda muchacha!

—Ricky Martin... —ronroneó aquella morena sensual—  
¡Me encanta!

—A mí no... Sólo esta canción, porque parece escrita para mí...

La joven volvió a calzarse el auricular, mientras contemplaba a Fernando con descaro.

Era justo, porque él estaba haciendo lo mismo con ella.

—Me encantan los hombre románticos...

—A mí, más bien, me parecen patéticos. Yo me siento patético.

—¡Pobrecito!... Una víctima del amor... ¿Hace mucho que su recuerdo te hace mal?

—Hoy se cumplen dos meses desde que se fue con otro.

Aquella belleza latina lo miró con sorpresa. ¡Cómo debía estar el otro, para dejar plantado a este bombón!...

—¿Y la vas a esperar por siempre?

—Duele demasiado.

—Entonces diste con la persona indicada. Soy doctora.

—¿En cuestiones de amor?

—No, en medicina.

Fernando volvió a clavar en ella su mirada. La había juzgado mal. Había creído que, como todas las otras que se le acercaban con tanto descaro, aquella tampoco tenía cerebro... Pero no, además de hermosa y sensual, aquella era una mujer inteligente... Y esas eran su perdición.

—Te quedaste callado... No me vas a decir que te sientes amenazado porque soy una profesional.

—No, por el contrario. Siempre es un placer charlar con una colega tan hermosa.

—¿Tú también eres doctor? —preguntó con inocencia la dama, mientras que en su cerebro repasaba la ficha técnica del semental que tenía delante:

Nombre: Fernando Aguirre

Edad : Al menos treinta años.

Carrera: Promisoria, si sabe como jugar sus fichas con el Doctor Barros.

Ojos : Negros como la noche.

Estatura: Imponente.

Estructura muscular: ¡Papito!

Estado civil: ¡Por fin solo!

Sí, la doctora Malena Ricci no necesitaba ningún dato adicional de ese moreno que la había impactado desde el primer año de la facultad, cuando ambos eran estudiantes.

Nunca antes se había animado a acercársele, pero lo sabía todo de él. Por el contrario, era evidente que el buen doctor ni siquiera la registraba.

Durante todos esos años que había suspirado por él en silencio, siempre Fernando había estado “ocupado”. La última: aquella odiosa de Patricia Luna. Incluso el día anterior los había visto juntos... Pero ahora Fernando estaba justo como ella quería: solito, desesperado, y sin novia para custodiarlo.

—Esto ya va a cerrar... —insistió la muchacha— ¿Qué te parece si vamos a la orilla del río, a ver el amanecer? ¿Tienes tiempo?

—Tiempo me sobra.

—¿Tan poco trabajo tienes?

—No. El trabajo también sobra —murmuró—, pero lo que me falta es el alma.

\* \* \*

—¿Qué la ha decidido a hablar ahora, Doctora Luna?

—Es justo que se escuche también la voz de los más débiles. De los oprimidos... De las víctimas de los poderosos.

—¿Por eso va a postularse como diputada nacional?

—Para defender a mi gente.

—Pero usted es más porteña que provinciana. Incluso muchos se quejan de que no tiene los años de residencia necesarios para...

—¡Excusas! Yo no estaba alejada de mi provincia por gusto. ¡Soy casi una exiliada política!

—Muchos ven el que se haya postulado, como una forma de venganza contra su padre, su principal oponente.

—No sólo contra mi padre, sino también en contra de la dominación que él representa.

—Usted lo dice casi como si se tratara de una lucha entre el bien, y el mal... ¿Cree que su presencia aportará integridad a estas elecciones? ¿Cree que usted es la “buena” en esta ecuación?

—Sólo soy una mujer común. Tengo, como la mayoría, algunos pequeños pecados..., errores que no lastiman ni dañan a nadie... En cambio, el verdadero peligro radica en los poderosos que someten sin tener piedad. En aquellos que se levantan un día queriendo conquistar el mundo, arrasando para eso todo lo que está a su paso. ¡Esos son los que ponen en riesgo al país y a la humanidad! No la gente común como yo, que es incapaz de dañar a alguien... Nosotros, los más humildes, los más desprotegidos, sólo logramos nuestra fuerza con la unión. Y muchos ya hemos comenzado a unirnos.

—¿Podrá perdonar a su padre algún día, por lo que le hizo?

—¡No! No sé perdonar. No me gusta que me roben nada, y mucho menos, aquello que amo. Soy capaz de cualquier cosa por defender lo mío... ¿Quién no? Soy como todos... Con los mismos pequeños pecados que todos los demás...

\* \* \*

Victoria tropezó con uno de los largos bancos de madera. El templo, desconocido para ella, estaba casi en penumbras, seguramente no tanto para facilitar la meditación, como por cuestiones económicas.

Pasó frente al altar y dudó. ¿Qué hacía? ¿Rezaba la penitencia allí, o esperaba a llegar a casa?... No. Mejor esperaba a que se le pasara el enojo para rezar. ¿Qué era aquello? ¿Una confabulación entre su marido y su confesor?... Claro que a veces, tenía que reconocerlo, ella era un poco obstinada, pero...

Sí, mejor esperaba a regresar a casa. Y es que, a pesar de su orgullo herido, amaba tanto a Samuel, que no iba a pasar mucho tiempo antes de que lo perdonara por ser tan prudente y sabio...

Pasó delante de la imagen de Jesús Misericordioso y se santiguó, en el mismo momento en que chocaba con algo.

—¡Disculpa!... No te vi por la osc... ¡Ángel!... ¿Eres tú?

En efecto, la muchacha ahora la miraba con horror.

—¿Qué haces aquí, Victoria? Esta no es tu parroquia...

—Vine a confesarme... Pero, tú...

—Por favor, no le digas a Fernando que me has visto — suplicó Ángel, desencajada.

Y era tanto su horror, que Victoria se limitó a observarla en silencio, pero sin ocultar su suspicacia.

La muchacha insistió: —¿Sigues viendo a Fernando, no?

—Casi a diario. Y es que ahora se les ha ocurrido, junto con Nicolás y Samuel, que van a enseñarle a jugar a la pelota a Gabrielito. Por supuesto que los tres grandulones apenas dejan que el pobre niño la toque, pero... Al parecer todos se divierten.

Ángel no pudo evitar que se le notara la emoción que la invadía al escuchar esa respuesta.

—¿Cómo está? —preguntó con una mirada vidriosa.

—La pregunta, más bien, es cómo estás tú. Te hacía en Milán.

—Nunca abordé ese avión... Raúl seguía enamorado de mí, y no se merecía que yo lo usara para olvidar a otro, ¿no te parece?

—¿Entonces estos dos meses estuviste aquí?

—Sí...

Por un momento ambas mujeres se encontraron en la mirada.

—Dime, Victoria... Tú que lo ves con frecuencia... ¿cómo está él? ¿De verdad es feliz?

—¿Y que has estado haciendo todo este tiempo? Me refiero a... bajaste del avión, y...

—Fui a buscar a Patricia... Me sentía en falta con ella...

Ángel agachó la cabeza, avergonzada, y luego continuó con su relato, en un hilo de voz.

—No sé si Fernando te contó, pero... él y yo...

—Algo me dijo... Pero justamente por eso, no entiendo por qué no lo esperaste, como habían quedado. Por qué corriste hacia los brazos de Raúl...

—¿Qué hubieras hecho tú?... Yo estaba de novia con Raúl... Y luego de lo ocurrido con Fernando...

—De lo no ocurrido...

—Necesitaba cortar cuanto antes con aquella relación. No quería sentir también culpa por estar traicionando a Raúl, cuando, de verdad, era la primera vez que no me traicionaba a mi misma...

—Entiendo que quisieras aclarar las cosas con él. Cerrar esa historia, antes de iniciar otra, pero... ¿por qué quedarte en su casa?, ¿por qué ignorar a Fernando?

—Aquella noche, mientras yo intentaba luchar por mi felicidad, Patricia estaba luchando por su vida: ¡había tomado todo un frasco de pastillas para dormir!

—¿Y cómo te enteraste de eso, si estabas en casa de Raúl?

—Él me lo dijo... No sé... Quizás la llamó por teléfono, y...

—¿La llamó por teléfono? —preguntó Victoria, sin molestarse en ocultar su desconfianza—. ¿Antes, o después de que Patricia tramara aquel suicidio?

—¡Victoria!... No juzgues a todos por lo que hace tu hermana Esmeralda. Ella está enferma. Pero Patricia...

—Ni Patricia ni Raúl estaban dispuestos a permitir que ustedes se reunieran.

—¡Pero ninguno de los dos hubiera sido capaz de confabular con algo así para hacerme daño!

—No... Ciertamente, no para dañarte.

—Tu no entiendes, Victoria. Patricia no simula. Ella está mal de verdad. Mira, cuando salí del aeropuerto, lo primero que hice fue ir a buscarla. Quería convencerla de que lo que nos ocurría a Fernando y a mí, ya era imparable... Que por más que nos lo propusiéramos, no íbamos a poder estar separados mucho tiempo... Por supuesto, ella no podía saber que yo iba a ir a su casa... ¡Y sin embargo...! ¡No sabes la desesperación que tenía cuando llegué! Era evidente que había llorado por horas, y que estaba al borde de un nuevo colapso... ¡Eso no hay forma de simularlo!

—No... Claro que no. Estoy segura de que en verdad estaba desesperada...

—Esa noche me rogó que me alejara por un tiempo. Que me ocultara, y siguiera con mi vida. Que hiciera aquello que me había pedido desde un principio, y que yo nunca

había tenido el valor de hacer: salirme del medio. Alejarme de Fernando. Darle a ella una oportunidad.

—Y tú, por supuesto, lo hiciste...

—Aproveché para volver a la facultad, e iniciar una terapia.

—¿Y así eres feliz?

Los ojos de la muchacha no pudieron ocultar una tristeza profunda que conmovió a Victoria de inmediato. Sin embargo, sus palabras, una vez más, intentaron explicar lo inexplicable.

—Medicina es mi verdadera vocación. Y estoy harta de no hacer lo que quiero... Sé que, como decía Raúl, quizás soy muy grande como para iniciar una carrera tan larga, pero de verdad la medicina me apasiona. Espero cada clase práctica como quien busca una droga. Soy la primera en llegar, y la última en irse. Sí..., estudiar me hace bien. La terapia, en cambio... Durante todos estos años he callado muchas cosas, y desenterrarlas duele... Pero gracias a la terapia, y a mi analista, mis ataques de pánico han mejorado mucho.

—La facultad, la terapia... ¿Y Fernando?... ¿Vas a olvidarlo?

Otra vez aquella mirada...

—Creo que es él el que me ha olvidado a mi.

—¿Por qué lo crees así?

—Patricia dice que ahora que yo desaparecí de sus vidas, las cosas entre ellos van cada día mejor.

—¿Y tú le crees?

—Yo... no termino de entender a los hombres, y Fernando no es la excepción. Cuando fue lo de Esmeralda, para justificarse de aquella cita con quien él creía una desconocida, me dijo que, como todos los demás, él tenía dos cerebros... Sé que en su cabeza y en su corazón posiblemente me extraña. ¡Pero con su otro cerebro!... Al parecer ha logrado adaptarse a la perfección. Sé que hay cosas en las cuales Patricia es una experta, mientras que yo...

Esta vez los ojos de la niña centellearon, antes de continuar:

—Dime, Victoria..., ¿es cierto que están pensando tener un hijo?

—¿Patricia te lo ha dicho?

—Cada vez que me llama..., y me llama cada vez que hacen el amor.

—¿Para qué? ¿Acaso te cuenta lo que hicieron en la cama?

—Con lujo de detalles... ¡Y ya no lo soporto!... Por un lado me muero por saber como está él, y, de alguna forma, espero su llamada... Pero por el otro..., ¡es un tortura saber que el hombre que amas...!

—Pues, querida Ángel, tienes que enterarte que tu leal amiga Patricia te ha estado mintiendo. Claro que aquel día, al volver del aeropuerto, la encontraste fuera de sí. Pero no porque estuviera deprimida, o al borde del suicidio, sino porque Ignacio Aguirre había puesto en evidencia sus manejos.

—¿Ignacio?! ¿Qué tiene que ver él con esto?

—Todo... Ella siempre estuvo enamorada de él, y no de Fernando. Aquella noche, Ignacio la llamó para tenderle una trampa. Y tu amiga Patricita cayó de inmediato...

—No entiendo...

—Y desde entonces Fernando no la ha vuelto a ver.

—¡Eso es imposible, Victoria! Nadie en su sano juicio sería capaz de inventar semejante farsa. ¡Todos esos llamados!... ¡Todos esos detalles escabrosos!... No, es imposible... Quizás eres tú la que no ha entendido, o...

Victoria le devolvió aquel gesto terminante que solía usar cuando estaba segura de algo.

Por unos minutos Ángel se quedó en silencio, tratando de entender lo inaudito. Acomodando su cabeza y su corazón a aquella nueva realidad. Una realidad que, de tan soñada, le parecía imposible.

—Pero, entonces... —comenzó a decir la joven, con aquella morosidad propia de quien despierta de un sueño,

(o mas bien, de una pesadilla)— ¡Entonces! —se entusiasmó.

Pero el tono de su amiga la volvió a la realidad.

—Por supuesto que dos meses es mucho tiempo para que un hombre esté solo...

La muchacha se sobresaltó.

—¿Quieres decir que Fernando...?

—No está más solo.

Y bastó decir aquello para que la bella jovencita se deshiciera de una forma tan cruel, que Victoria se apuró a concluir la frase.

—... Ahora nosotros, sus amigos, lo estamos apoyando. Claro que ya estamos un poco hartos de escucharlo penar por ti, pero...

Ángel pegó un salto, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¡¿Estás segura, Victoria?! ¡No me hagas ilusionar como una idiota, por favor, porque, mira que si no es cierto...!

—Te ama con locura, y te está esperando...

—¡¿De verdad, Victoria?!... ¡Estás segura! —gritaba Ángel, no muy conciente del lugar en que se hallaba, envuelta en una alegría tan contagiosa como incontrolable.

Y recién cuando su amiga se lo aseguró de todas las formas posibles, la muchacha se puso en pie de un salto, la besó, murmuró un “gracias”, y salió corriendo del templo, como si allí hubiera visto al diablo.

Victoria la observó partir. Y todavía no se reponía de su asombro por la reacción de la muchacha, cuando la vio asomarse de nuevo por la puerta, pero esta vez, sólo para gritar: —¡Y gracias también a ti, Jesús Misericordioso! —y salir corriendo de nuevo.

Victoria se quedó parada allí, tan pasmada como divertida.

¡Eso se llamaba estar enamorada! Atolondrada, y enamorada.

Y, por cierto...

¿Lo había imaginado, o, en su emoción, Ángel le había dado un beso en la boca?

\* \* \*

La enfermera Fuentes caminó rumbo a la “Enfermería 1”. Era sólo cuestión de guardar aquella escupidera, para volver a casa, sin más demora. Los pies le ardían, y sus piernas parecían pesadas macetas. Sí... Soñaba con llegar, y recurrir a su tan amada palangana, repleta de agua tibia y sal. ¡Eso era placer!... Y por ella cambiaba la mejor noche

de pasión que hubiera pasado con su gordo. ¡Que Cholo se encargara de los mates, y la comida! Ella ya no servía para nada. Se iba a sentar allí, frente al televisor, para mirar “Gran Hermano”, e imaginar que era uno de los participantes, panza arriba en aquella casa, quejándose de estar muy “estresada”...

Pero al pasar accidentalmente por la ventana del pasillo, algo atrajo de inmediato su atención hacia la calle.

—¡Hay gente para todo! —se quejó, horrorizada—. ¡Ya no respetan ni la santidad de un centro médico!

Pero...

Volvió a mirar, sorprendida.

Y entonces, olvidando su cansancio, echó a correr.

\* \* \*

Por fortuna el señor Benedicto Pérez era el último paciente de Fernando. Ya hacían tantas horas que estaba en el hospital, ya había visto un número tan grande de pacientes, que reservar para el final a aquel hipocondríaco, era un verdadero descanso.

—La verdad..., no lo entiendo, señor Pérez. Levantarse cada siete días a las tres de la madrugada para venir a pedir

un turno, sólo para que yo le haga un electro... ¡Usted sabe que no tiene nada!

—¡No! Esta vez es de verdad, doctor. No puedo respirar. ¡Es como si me clavaran un puñal en el pecho!

—Pero a usted nunca le clavaron un puñal, así que, bien, bien, no sabe como es...

—¡Esta vez es de verdad, doctor!

—¿Por qué no me acepta esa derivación a lo de mi amiga, la licenciada Urquiza? Ella lo atendería sin cargo...

—¡No, doctor! ¡Es el corazón, y es muy fuerte!... Me hace “tic”..., y recién después de un buen rato, me hace “tac”.

—El problema sería si sólo le hiciera “tic” —se burló Fernando.

Pero el señor Pérez no sabía distinguir las burlas.

—¡Sí! ¡Eso también me pasa!... Hace “tic”... “tic”, “tic”... ¿No me va a hacer el electro?

Fernando suspiró. Ya era muy tarde, estaba muy cansado, y un electrocardiograma no se le podía negar a nadie.

Pacientemente comenzó a poner una a una las pequeñas sopapas. Pero no había llegado a la tercera, cuando la enfermera Fuentes entró al consultorio hecha una tromba.

—¡No tiene ni idea de lo que está ocurriendo abajo! – gritó la dama, entre divertida y ofuscada— ¡La gente está loca!

—No me digas... Otra marcha... ¿Por qué protestan esta vez? –preguntó Fernando distraído.

—¡No! ¡Están cantando!

—Déjalos, si eso los hace felices...

—Yo siempre dije que Ángel no estaba del todo bien de la cabeza... ¡Mire que ponerse a cantar así, en medio de la calle!

Y bastó escuchar aquel nombre amado, para que Fernando pegara un salto.

—¿¿Ángel?! ¡¿Dijiste Ángel?!

—¡Sí! Nuestro angelito, con una chica y un muchacho. Han puesto música, y ella está cantando a los gritos.

—¿¿Adónde?!

—Si te asomas por la ventana del pasillo, la puedes ver.

El doctor Aguirre soltó las sopapas, dispuesto a correr, pero su paciente lo detuvo, sobresaltado.

—¿¿Y mi electro, doctor?!

—No sé a usted, Pérez... ¡Pero a mi me está dando un infarto!

\* \* \*

En la calle del hospital se había formado una pequeña multitud divertida. Era viernes, y mientras se aprestaban a volver a casa, muchos se habían dejado fascinar por aquel extraño espectáculo.

Una belleza de ojos claros, secundada por una morena espectacular y un bomboncito, estaba cantando con tanta gracia como empeño, mientras que en un equipo de música apoyado en la vereda, sonaba una vieja canción.

*There are things in life you'll learn and*

*In time you'll see*

*Cause out there somewhere*

*It's all waiting*

*If you keep believing*

*Hay cosas en la vida que vas a saber y*

*a su tiempo verás*

*Porque allí, en algún lugar*

*Todo te está aguardando*

*si sigues creyendo*

\* \* \*

Fernando se asomó a la ventana del pasillo cercana a la “Enfermería 1”, y echó a correr nuevamente. Su corazón latía con fuerza, y su alegría era tan contagiosa, que la gente que tropezaba con él en su loca carrera, lejos de enojarse, comenzaba a seguirlo, hipnotizados por su ímpetu.

Para cuando llegó a las escalinatas de la entrada principal del hospital, un pequeño batallón ya lo acompañaba. Doctores, enfermeras, pacientes, que lo habían visto sufrir durante aquellos meses, y que ahora querían participar de su alegría.

Fernando se detuvo, y junto a él, los demás.

Allí, en medio de la calle, Ángel, el ángel que todos habían visto deambular solitario por los pasillos del hospital durante más de diez años, cantaba...

*So don't run, don't hide*

*It will be all right*

*You'll see, trust me*

*I'll be there watching over you*

No corras, no te escondas

*todo va a estar bien  
ya lo verás, confía en mi  
voy a estar cuidándote.*

¿Qué decía aquella canción?...

Algo en inglés, que sólo los que alguna vez habían amado de verdad eran capaces de entender.

Enfrascada en su canto, Ángel dio un giro inesperado, y se enfrentó cara a cara con el joven doctor que había ido a escucharla. Aquel hombre que había amado hasta la desesperación desde el mismo momento en que, como ahora, había chocado con él en esas mismas escalinatas.

Fue tanta la emoción de aquel encuentro, tanto el brillo intenso que emanaba de sus miradas, que por un segundo los demás callaron, expectantes.

Y entonces Fernando logró hablar:

—¿Por qué me hiciste esperar tanto? —le preguntó con emoción.

—¿Ya es muy tarde para que te asomes a mis ojos? —replicó Ángel, asustada.

—¿Tarde?... No. Tiempo es lo que me sobra... Tengo el resto de mi vida para amarte.

Todos los presentes se dejaron envolver por aquella deliciosa corriente de amor.

Para cuando ese moreno increíble tomó aquel bello ángel entres sus brazos, y comenzó a besarla con una mezcla arrebatada de dulzura y pasión, aplaudieron felices. Por un mágico instante ya no había apuros, buses llenos, caras amargadas, o vencimientos. Sólo esa extraña sensación en el aire, y esa música que sonaba, trepando por las calles hasta el alma.

*Just take a look through my eyes*

*There's a better place*

*somewhere out there*

*Just take a look through my eyes*

*Everything changes*

*You'll be amazed what you'll find*

*If you look through my eyes*

*There will be times on this journey*

*All you'll see is darkness*

*Out there somewhere daylight finds you*

*If you keep believing*

*Sólo mira a través de mis ojos  
Hay un lugar mejor  
en algún sitio allí afuera  
Sólo mira a través de mis ojos  
Todo cambia  
Vas a sorprenderte de lo que encontrarás  
Si miras a través de mis ojos*

*Va a ver oportunidades en este viaje  
en que lo único que verás será oscuridad  
en algún sitio allí fuera, la luz del día te encontrará  
si continúas creyendo*

Algunos comenzaron el baile, otros, simplemente se besaban, mientras que desde la ventana del primer piso, la enfermera Fuentes sonreía satisfecha.

Un hombre que recién pasaba por allí, sorprendido ante semejante escena, se acercó a Luciana, la hermana de Fernando, cómplice de toda esa locura, para preguntar.

—Disculpe, señorita... ¿Están filmando una publicidad, o algo así?... ¿Esos que se besan son actores?

—No, señor... Sólo son dos ridículos... Y están muy enamorados.

*All the things that you can change*

*There's a meaning in everything*

*And you will find all you need*

*There's so much to understand*

*Just take a look through my eyes*

*Todas las cosas que puedes cambiar*

*Hay un significado en todo*

*Y encontrarás todo lo que necesites*

*Hay demasiado por entender*

*Sólo mira a través de mis ojos*

# Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

Pequeños Pecados

Volver a Empezar

*Para obtenerlas en forma gratuita  
visite y suscríbese a nuestro grupo de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

*Una novela romántica diferente.*